

LÍNEA ROJA

JUNIO 2016



INICIATIVA COMUNISTA

ÍNDICE

DE LA HIPOCRESÍA DE LOS TÉRMINOS UNIVERSALES Y EL “CAPITALISMO BUENO”	4
EL CALDO GORDO	6
LA EXPERIENCIA HISTÓRICA DE LOS COMUNISTAS DEL PCE Y LA PARTICIPACIÓN INSTITUCIONAL	8
EL ÚLTIMO SIGLO Y LA SITUACIÓN ACTUAL DEL MOVIMIENTO COMUNISTA	12



DE LA HIPOCRESÍA DE LOS TÉRMINOS UNIVERSALES Y EL “CAPITALISMO BUENO”

Con el circo electoral desatado una vez más, nos ponen a pensar a quién votar para tener un capitalismo más bueno, una democracia más “perfecta”, unos gestores más justos de ese tal “sistema” neoliberal del que tanto oímos hablar.

Pretenden decirnos que elegimos en las urnas cómo queremos que se gestione nuestro “maravilloso” sistema”. Nos instan a votar, porque votar es el ejercicio mismo de la democracia, es la alternativa a la “violencia”. ¡Y se quedan tan tranquilos diciendo esto aquellos que bombardean a población civil día sí, día también!

Pero el capitalismo lo tiene muy claro, porque la clave de la ideología burguesa es la hipocresía consciente de pregonar términos universales para aplicarlos a un mundo que está dividido en clases. Es esta la forma de despojarnos como clase obrera de nuestra ideología, de nuestro motor de lucha.

Y si esta hipocresía nos es inyectada en vena todos los días del año de manera continua, no dudan en redoblar esfuerzos cuando se pone en marcha el circo electoral. Entonces nuestra clase es bombardeada con términos como “democracia”, “derechos”, “libertades”...

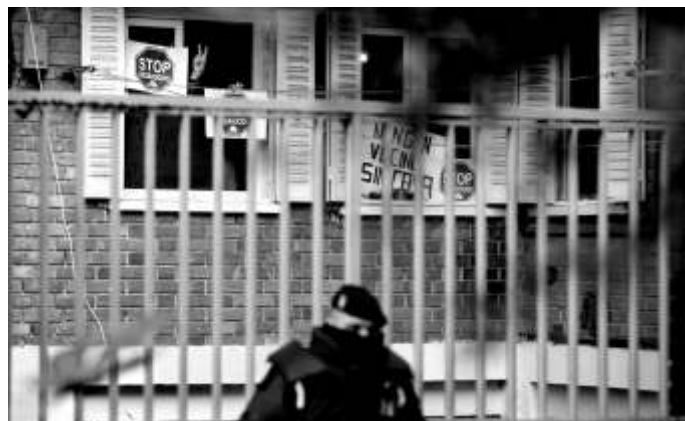
Su Constitución dice asegurar, en el Título 14, la igualdad de todas las personas ante la ley. Y su libro sagrado para unas cosas, es ignorado en lo que atañe a los derechos de nuestra clase, porque el rey y sus secuaces no sabían “nada” de los millones de Euros que brotan mágicamente de sus cuentas, y resulta que no conocemos en persona a nadie que tenga millones en Panamá.

Y también asegura su Biblia que existe aquí libertad de expresión y “el derecho a difundir libremente los pensamientos”, pero la realidad más que evidente es

que quienes van a la cárcel o son enjuiciados por expresar su opinión son las personas que atacan al régimen, y no los nazis que amenazan de muerte ni quienes dicen en los medios que las mujeres están para ser violadas.

Porque la Policía, dicen, está al servicio del “ciudadano”. Pero resulta que la izquierda revolucionaria es apaleada, reprimida y encarcelada cada semana; mientras que desaparecen las pruebas que inculpan de terrorismo a una banda fascista. Y es suponemos que debe ser muy fácil perder un lanzagranadas...

Y todo el mundo tiene derecho, no a una vivienda cualquiera, ¡sino a una vivienda digna! Pero más de 600.000 familias han sido desahuciadas sólo entre 2007 y 2014, y la tasa de suicidios relacionada con esto se ha disparado hasta ser la primera causa en por muerte violenta en este Estado.



El derecho al trabajo también está “garantizado”. Pero lo cierto es que no se trata de una aplicación colectiva a tenerlo, ¡sino que sólo se menta en día de huelga como un derecho individual a acudir al trabajo! Pero ahí está, como el derecho a huelga, a pesar de que en la última hubo 155 personas detenidas.

Por no hablar del derecho fundamental "a la integridad física y moral", que habla explícitamente de la tortura. Todo ello redactado por demócratas de toda la vida, dos días después de cambiar el nombre del TOP por el de Audiencia Nacional, y demás lavados de cara. Y ello no impide que el Estado español haya recibido miles de denuncias de tortura, incrementadas, suponemos, por las escaleras especialmente resbaladizas que se empeñan en instalar en las comisarías de este Estado.



Y como no podía ser de otra manera, nos garantizan la libertad ideológica. Cosa distinta es que tu ideología no les guste y sea motivo para encarcelarte, torturarte o apalearte. Pero, oye ¡que cada uno piense lo que quiera!

La hipocresía de los términos universales no tiene fin. Y es que su propio juego ya está garantizado. ¿Acaso no existen ya todas las libertades y derechos que reclamamos en términos universales? ¿Acaso no es ya perfectamente democrático este sistema?

La igualdad formal no es más que ideología burguesa mientras el mundo siga dividido en clases con intereses antagónicos. Porque el derecho a sanidad, a educación o a una vivienda ya son una realidad formal, pero inaccesible a la clase obrera en tanto que es privatizada. Si quieres tu derecho, solo tienes que pagártelo. Ahí lo tienes, al alcance de tu mano.

Tan mentira es llamar a esto democracia, como venderle a nuestra clase que existe la posibilidad de gestionar un capitalismo bueno. Porque alejarnos de nuestra propia ideología es ayudar a apretarnos la venda, a engrasar la máquina. Y hay que romper esa máquina. Hay que romper el capitalismo en mil pedazos para acabar con las clases y, entonces sí, la palabra "democracia" se llenará de contenido.



EL CALDO GORDO

Pocas son las organizaciones que en la trinchera de la, llamémosla, izquierda radical, no han contado con un importante número de "deserciones" por parte de militantes que, tras los resultados electorales de Podemos en 2014 y 2015, han decidido abrazar la tesis de la transversalidad. La mutación a socialdemócratas, si es que alguna vez fueron otra cosa, fue en un primer momento negada bajo el argumento de la necesidad de introducir los principios revolucionarios a un proyecto abiertamente reformista. "Yo quiero ganar", repetían una y otra vez deslumbrados por la certeza empírica de que sí se podían "asaltar" las instituciones y ponerlas a trabajar en beneficio de la "gente". Solo había que renovar un poquito el lenguaje, quizás asumir otro poquito del pensamiento hegemónico, (aunque sin dejar de citar a Gramsci a la menor oportunidad), y por supuesto, contar con algo de apoyo de Atresmedia. ¡Y a nadie se le había ocurrido antes la genial fórmula para la victoria!

Hoy los conversos han acabado por asumir su transformación. Ya no son reformistas revolucionarios. Huyen, de hecho, de cualquier etiqueta, aunque el propio Pablo Iglesias reconozca que están siendo "simplemente neokeynesianos". Marx tatuado en un brazo y Keynes en el otro, o simplemente la madurez de quienes por fin han puesto los pies en la tierra. "¿Qué vas a hacer, te vas a montar una guerrilla y te vas a ir al monte a pegar tiros?" Se preguntaba Iglesias durante una entrevista para el magazine Jot Down. No señor, vamos a asaltar las instituciones, que dicho así suena bastante radical, aunque tal asalto sea más bien una tímida entrada al hall, llamando al timbre con las orejas gachas y limpiándose bien los zapatos en el felpudo de la puerta. Alegorías aparte, Podemos ha llegado donde ha llegado lamiendo el zapato de las instituciones más reaccionarias, tanto españolas

como europeas. No se han dejado ni uno solo sin lamer, desde la CEOE, cuyo representante, Joan Rosell, afirmó que sus diferencias con Podemos eran "diferencias solventables", pasando por la Corona, la Iglesia Católica, la Unión Europea o la criminal OTAN.

Estos son mis principios; si no le gustan, tengo otros. Flexibilidad en la táctica, al estilo de los chicles Boomer, y firmeza en la estrategia, que de por sí es desalentadora: "Quien piense que puede acabar con el capitalismo es un ingenuo, y nosotros de ingenuos no tenemos nada", comentaba en la Sexta Noche el Secretario General de Podemos, un marxista consciente de que "cambiar las cosas no depende de los principios". Marx, Engels o Lenin le reprocharían tales afirmaciones. El propio Gramsci, que es mucho más que una pegatina en el portátil de Monedero, sabía bien que ni la lucha económica, ni la lucha política podían separarse de la lucha ideológica, esto es; de los principios. Asumiendo pues la ideología propia de la superestructura actual, es lógico que se atiende a la llamada "clase media" como clave estratégica fundamental. Afirma Iglesias que "Clase media no es solo un concepto sociológico, es un concepto ideológico también, es la identificación de una serie de sectores con una serie de valores", en efecto, una serie de valores determinados por las condiciones materiales y económicas de este contexto histórico. Marx y Engels lo llamaron infraestructura.

Quienes pretendían introducir los principios revolucionarios a un proyecto abiertamente reformista han abandonado la ingenua esperanza de acabar con el capitalismo. Al abrazar la bandera de la clase media, abrazan su ideología, que no es otra que la ideología burguesa, y que, como se ha dicho, corresponde a una infraestructura determinada que refuerzan ideológicamente al pretender, como

máxima aspiración, mejorarla hasta recuperar el llamado Estado del bienestar. No hay mayor expectativa que conseguir, de algún modo, gestionar el capitalismo. Pero gestionarlo bien, como Dios manda, para los de abajo. En palabras de Pablo Iglesias durante la entrevista en el Hormiguero, "hacer que todas las piezas del motor, (empresarios y obreros), funcionen, entonces la máquina ya tira sola".

La clase media, empobrecida durante las últimas décadas, es el nuevo sujeto del cambio, pero esta clase media no surge de la nada sino de condiciones materiales que tienen que ver con el desarrollo del capitalismo en el estado español, y fundamentalmente con expolio de Latinoamérica por parte de las emergentes multinacionales españolas en la década de los 90. Los de abajo no se van a ir al monte a pegar tiros mientras mantengan la ilusión de seguir siendo la añorada clase media que una vez fueron. Y mientras el invento funcionaba, por debajo de los de abajo, estaban los de más abajo todavía, en otros continentes, sepultados en el lodo, en países como Colombia, Venezuela, Nicaragua, Uruguay, El Salvador, etc. Y aquellas gentes sí que montaron guerrillas y se fueron, literalmente, a pegar tiros al monte. Poca broma. La clase media en el estado español se ha mantenido fundamentalmente a través de expolio de estos países. Entender esto es importante para comprender la insostenibilidad del capitalismo. La ingenuidad es, precisamente, creer en la posibilidad de gestionar un capitalismo ético. E igualmente ingenuo es creer que la lucha de clases no volverá a adoptar la forma de la lucha armada en algún momento y lugar del planeta, como de hecho ya está ocurriendo.



Esta lucha de clases no tiene otro horizonte que el socialismo. Pablo Iglesias afirma que "esto es una profecía que no se ha verificado en la práctica", ya que "una de las partes menos verificables del marxismo es la tesis del embarazo socialista del capitalismo". Cuando Iñigo Errejón dice que "el comunismo es una antigualla para la mayor parte de

la gente", o cuando Pablo Echenique dice que "el comunismo es algo viejo que no funcionó", entendemos que el socialismo no es tan solo una utopía, una imposibilidad teórica en la doctrina de la transversalidad, sino que ni siquiera es algo deseable. Lo cierto es que la historia sí ha verificado la tesis del embarazo socialista del capitalismo. Lo hizo por primera vez en 1917 con la primera revolución proletaria en Rusia, que inspiraría revoluciones por todo el planeta durante el S.XX, hasta el punto de dividir el mundo en dos bloques antagónicos hasta la caída del muro de Berlín, hace no demasiado tiempo. ¿El comunismo no funcionó o fue derrotado por el imperialismo? ¿Qué nos espera entonces, según la doctrina de la transversalidad, más allá del capitalismo? Tal vez un neokeynesianismo renovado, ese al que sí que le dan otra oportunidad nuestros queridos amigos de la nueva política.

Ahora bien, se acercan las elecciones del 26 de junio y no son ya "desertores" sino organizaciones enteras, que hasta ahora se habían reconocido en la trinchera del anticapitalismo, las que se suben al barco de la confluencia. Allá cada cual con la táctica que plantea. Hay una expresión popular que describe, a nuestro modo de ver, el resultado de ciertas alianzas tacticistas cuando la correlación de fuerzas es peor que desfavorable: hacerles el caldo gordo.



LA EXPERIENCIA HISTÓRICA DE LOS COMUNISTAS DEL PCE Y LA PARTICIPACIÓN INSTITUCIONAL

CONSTRUIR EL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN

Para hacer la revolución, se necesita un partido revolucionario. Sin un partido revolucionario, sin un partido creado conforme a la teoría revolucionaria marxista-leninista y al estilo revolucionario marxista-leninista, es imposible conducir a la clase obrera y las amplias masas populares a la victoria sobre el imperialismo y sus lacayos.

"Fuerzas revolucionarias del mundo uníos, luchad contra la agresión imperialista", Mao Tsé-tung

Según la mitología griega, el antiguo fundador y rey de Éfira fue maldecido por los dioses y condenado en el Tártaro a subir por una colina una pesada roca. Su nombre era Sísifo, y este castigo no sería gran cosa dentro de la épica grecoromana de no ser porque la condenación residía en que justo cuando nuestro protagonista estaba a punto de llegar a la cima, la piedra caía y rodaba cuesta abajo forzando a Sísifo a volver a empezar una y otra vez durante toda la eternidad.

Para la historia que nos acontece no han hecho falta maldiciones divinas ni intervención de seres mitológicos, pero como Sísifo una y otra vez diferentes generaciones de comunistas se relevan en la eterna tarea de "recuperar el PCE", una tarea que generalmente no ha ido acompañada por una visión científica y planificada sino más bien sentimental y emocional. Prueba de ello, es que si le preguntamos a cualquier militante del PCE y sus juventudes sobre que significan dichas siglas para ellos, con total seguridad nos harán alguna referencia a su glorioso pasado revolucionario, como si los Carrillos, los Frutos y los Centellas no fuesen con ellos y ellas.

Iniciativa Comunista recoge y hace suyo el heroico legado de las siglas históricas del partido de los y las comunistas del estado español, pero es evidente que, como marxista-leninista, nuestro método de análisis no puede ser otro que el científico, por lo que a la hora de abordar la cuestión de la recuperación de las siglas históricas debemos plantearnos una serie de preguntas.

La primera pregunta que toda persona revolucionaria debe hacerse es para qué queremos el partido. Para nosotros y nosotras el partido es fundamental, como no podría ser de otra forma no es ningún fin, sino un medio que científicamente consideramos necesario. Nuestro objetivo final es la sociedad sin clases, para ello la experiencia histórica ha determinado que es necesario consolidar procesos en la lucha de clases y seguir transformando los métodos de lucha y las organizaciones obreras en función a cada momento.

En nuestro momento histórico la necesidad del partido de las y los revolucionarios es fundamental. Un partido que aglutine a los elementos más audaces y conscientes de la clase obrera, un partido que se organice y se prepare para la revolución socialista, para el choque y la confrontación entre clases sociales, para superar a nuestro enemigo, para caminar junto a la clase obrera y el pueblo en la construcción de nuestra emancipación.

Es por ello que las siglas no sólo nos dan igual, sino que la experiencia histórica nos demuestra que diversas generaciones de comunistas han roto con sus anteriores partidos pese a los lazos emotivos y sentimentales que los unían, tal y como ocurrió con los partidos socialistas obreros o como han hecho múltiples generaciones con el propio PCE.

La construcción del partido va más allá de toda pose o folclore, va más allá de toda sigla o sentimiento melancólico. Es fruto del convencimiento científico de que es la única herramienta que tenemos como clase para lograr nuestros objetivos revolucionarios. Es la responsabilidad histórica que tenemos los y las comunistas con todas aquellas generaciones de obreros y obreras que han dado su vida en todo el mundo para llegar al grado de comprensión que tenemos actualmente de la ciencia revolucionaria. Son millones quienes han regado con su sangre la historia de la lucha de clases y por a tanto nuestra principal tarea es recoger todo ese legado y seguir adelante con determinación. Por eso la principal tarea de toda persona que se considere comunista es la de construir el partido de la revolución sin dilaciones y romper con toda táctica que haya demostrado ser errónea y fracasada.

EL PASADO DEBE SERVIR AL PRESENTE

¿En lucha contra qué enemigos en el seno del movimiento obrero ha podido crecer, fortalecerse y templarse el bolchevismo? En primer lugar y sobre todo en lucha contra el oportunismo que en 1915 se transformó definitivamente en socialchovinismo... y ... en largos años de lucha contra el revolucionarismo pequeño burgués.

“La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo”, V. I. Lenin

La segunda cuestión a dilucidar es si realmente es posible esa recuperación de una línea revolucionaria dentro del PCE. Para nosotras y nosotros es más que evidente de que toda forma de “recuperación” interna es completamente inviable.

En la actualidad vivimos un fenómeno contradictorio bastante curioso. Por un lado vivimos una etapa en la que las nuevas generaciones de comunistas vuelven a sentirse identificadas con las figuras históricas de la revolución, incluidas las más atacadas por el propio PCE y la burguesía como puedan ser Lenin, Stalin y Mao. Es por ello que se ha vuelto a recuperar con orgullo el sobre nombre de “marxismo-leninismo”, pero aun a día de hoy sigue vacío de principios y contenido ese supuesto m-l. Aunque el propio PCE no se declara así mismo como m-l, parte de su militancia interna si lo hace –entendemos que esto es un sinsentido, ya que no se puede ser m-l sin estar organizado de forma leninista, parece más bien un reflejo de un liberalismo individualista burgués por el cual la ideología es una cosa individual que se lleva en la intimidad y va más asociada a las consideraciones subjetivas personales que a la perspectiva de clases sociales-. De hecho esa forma de organización por redes individuales y conspirativas nos recuerdan

más a las formas bakuninistas de infiltración que ya demostraron ser un fracaso en tiempos de la I Internacional. Pero como decimos, aunque la clase obrera y el pueblo esperase tranquilamente en estos duros tiempos a que quienes lideran esos movimientos internos dentro del PCE triunfasen, al carecer completamente de ideología revolucionaria volveríamos a los tiempos donde pese a figurar en los estatutos el m-l, la organización seguiría completamente carente de fondo ideológico y de ambición revolucionaria.

De hecho mayor prueba de lo anteriormente expuesto son las propias juventudes del PCE que se declaran estatutariamente como m-l y sin embargo tienen como referente un partido socialdemócrata con cada vez menos influencia en sus propias principales aspiraciones institucionales y que participa en la suerte de coalición pro OTAN de Unidos Podemos o en la amalgama de ayuntamientos antiobreros que hay diseminados por toda la geografía del estado. De la misma forma que hablábamos antes, veremos a sus juventudes renegar del “traidor” Carrillo, pero sin embargo siguen continuando el proyecto que el propio Carrillo liquidó bajo sus mismos preceptos. Y así, con el pasar de los años, vemos a estos m-l ir renegando uno a uno de los más elementales principios ideológicos.



Y hablando de Carrillo y compañía es imprescindible entender la historia del PCE y del revisionismo para entender la situación actual y las tareas de los y las comunistas. De la misma forma, podemos escuchar como un mantra condenas al XX congreso del PCUS, aquí nadie habla de su homónimo español.

En la mayoría de círculos comunistas se suele situar la traición carrillista durante la transición, sin embargo eso no fue más que tiro de gracia que consumó la definitiva destrucción del PCE, una liquidación que llevaba décadas preparándose.

Para ello hay que observar la historia del V congreso del PCE, un congreso que estaba planificado para celebrarse en 1936 y que fue suspendido por el levantamiento fascista, pues bien, este congreso no se celebra hasta 1954. Cómo es conocido, una vez derrotado el nazi-fascismo en Europa en 1945 y establecidas las áreas de influencia, el PCE habría tenido facilidades en organizar dicho congreso, más aun debido a la situación del interior del país y la situación internacional hubiera sido lo más sensato organizarlo cuanto antes.

Pese a la derrota en España, el PCE seguía siendo una fuerza política importantísima, la única bien organizada en el interior y exterior del país y contaba con una militancia heroica con una amplísima experiencia y ambición revolucionaria. Carrillo y Pasionaria necesitaban quitarse oposición, y lo hicieron de dos formas fundamentales. Por un lado dejando a un lado a la guerrilla y a las células clandestinas, permitiendo que los fascistas liquidasen a los y las mejores cuadros del partido y por otro lado con las expulsiones masivas en la militancia exiliada en los periodos entre 1947-1950. Al mismo tiempo que los y las comunistas lideraban una heroica lucha en Grecia, China e Indonesia, aquí se abandonó a lo mejor del pueblo a su suerte.



No obstante Carrillo tiene que esperar hasta 1954, un año después de la muerte de Stalin para consumar su golpe de estado revisionista. Tras dicho congreso se empezó a preparar la política de "reconciliación nacional" que fue anunciada públicamente unos meses después de la celebración en 1956 del infame XX congreso del PCUS.

Todo lo que viene detrás es la consumación de un plan cuidadosamente preparado, la aceptación del eurocomunismo, la constitución del 78, la monarquía y la desarticulación de las células comunistas convirtiendo el partido en un aparato completamente inmerso en la política y la legalidad burguesa que tenemos en nuestros días.

Escisión tras escisión hemos visto con el pasar de los años, desde los años 60, diferentes grupos de comunistas bien ideologizados, organizados y decididos han abandonado la lucha de retomar el PCE y han tratado de organizarse fuera. Gracias a ellas y ellos hemos vivido momentos intensos de lucha y se han mantenido las tradiciones revolucionarias.

NECESITAMOS UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

La actitud de la Tercera Internacional con respecto al parlamentarismo, no está determinada por una nueva doctrina, sino por la modificación de la función del parlamentarismo mismo. En la época precedente, el Parlamento como instrumento del capitalismo en vías de desarrollo, ha trabajado, en cierto sentido, por el progreso histórico. En las condiciones actuales, caracterizadas por la expansión del imperialismo, el Parlamento se ha convertido en un instrumento de las mentiras, del fraude, de las violencias, del bandidaje a su servicio; las reformas parlamentarias, desprovistas de espíritu de continuidad y de estabilidad, y realizadas sin un plan de conjunto, han perdido toda importancia práctica para las masas laboriosas.

Resolución del segundo congreso de la III Internacional comunista en 1920

Por último y no menos importante debemos analizar cuál ha sido el papel de las desviaciones oportunistas en cuanto a la política institucional. El tremendo error que sigue persuadiendo a diversas generaciones desde tiempos de la II Internacional del "mal menor" o tratar de mejorar las condiciones de la clase obrera mientras se acumulan fuerzas para la revolución.

Lo que la experiencia ha demostrado de dicha política es que más que acumular fuerzas o prestigio del partido frente a las masas lo que ha hecho es todo lo contrario. Ejemplo cercano tenemos el del propio PCE, que paulatinamente ha ido perdiendo peso institucional y ha sido relegado ya a una especie de organización que sale en los libros de historia para la mayoría de las masas, que ni saben que existe. Pese a haber ido abrazando cada vez más abiertamente el discurso de la ideología dominante esto no sólo no ha sido correspondido con una mayor aceptación por parte de las masas, sino por un rechazo cada vez más evidente. De la misma forma el PCF o el PCI aun haber formado parte de los gabinetes de los gobiernos burgueses en sus respectivos países, lo que los revisionistas definen como "tocar poder" han seguido exactamente la misma estela de desintegración interna y de desprecio por parte de las masas.

A su vez son los países europeos los que precisamente han protagonizado un mayor

crecimiento e influencia imperialista mundial, han dirigido con más fuerza las acometidas contra la clase obrera de sus propios países y han dirigido las reformas antiobreras más duras.

Por otra parte, los partidos que se han mantenido firmes en sus principios y que han liderado procesos revolucionarios en sus países han tenido el respeto y admiración por parte de las masas incluso cuando han sido derrotadas por el imperialismo.

Afortunadamente la llama de la revolución sigue viva en el continente asiático y americano, de la misma forma que más temprano que tarde volverá a llamar a las puertas de la vieja Europa.

Es por ello que hacemos un llamamiento a aquellos y aquellas que comprenden la importancia de la construcción del partido. A aquellas y aquellos que han tomado conciencia y saben que la única salida a la crisis del capitalismo es la salida revolucionaria. A toda la juventud que se siente comunista que comprende que no es suficiente con sentirse algo, sino que es necesario ponerlo en práctica. Os hacemos un llamamiento a no seguir esperando, a poner en discusión estos temas y otros, a pasar a la acción y a tomar parte activa en la construcción de un verdadero movimiento revolucionario.

También hacemos una llamada a la reflexión a quienes con su militancia honrada aun no se han percatado de a qué clase social beneficia su trabajo y su esfuerzo. A quienes tras trabajar convecidamente pegando carteles y pidiendo el voto vais a vivir en primera persona los lamentables acontecimientos que se devienen de la pela por sillones, cuotas de poder, antiguos camaradas vendiéndose y dándoos la espalda. No echéis la toalla, no hay momento para lamentaciones ni para claudicaciones, corregir la línea y seguir adelante, apoyar la construcción del partido de los y las Comunistas.

¡No hay ni un minuto que perder! ¡La historia nos espera!

CONSTRUIR LA REVOLUCIÓN ES CONTRUIR EL PARTIDO COMUNISTA DE LÍNEA REVOLUCIONARIA.



EL ÚLTIMO SIGLO Y LA SITUACIÓN ACTUAL DEL MOVIMIENTO COMUNISTA

En poco más de un año se cumple el 100 aniversario de la Revolución de Octubre. En octubre o en noviembre de 2017, según qué calendario sigamos, y esa misma ambigüedad en las fechas siempre es un buen recordatorio de que la primera revolución socialista exitosa de la historia arrancó como una estrella fugaz desde el feudalismo moribundo en Rusia. No mucho después, apenas entrado 1918, Lenin bailaba en la Plaza Roja de Moscú celebrando que la República Soviética había sobrevivido un día más que la Comuna de París. En 1924 sería cubierto en su funeral con una bandera roja reliquia de esa misma Comuna, o al menos eso dice la leyenda. Desde ese entierro hasta nuestros días transcurre un siglo tan complicado como tergiversado. Como siempre la historia la escriben los vencedores.

En cualquier caso no debemos vivir en la nostalgia o el simbolismo. Es simplemente un hecho que la Revolución de Octubre, como culminación asombrosa de la Primera Guerra Mundial, es el verdadero punto de partida del siglo XX. Igual que es un hecho el que el derrumbe de todo el «socialismo real», también celebrado ampliamente aunque por motivos muy diferentes, supone en cierta manera su cierre. A algunos comunistas, los más jóvenes, les ha tocado sentir esa historia como una especie de recuerdo alucinado; una caída desde tan alto parece desafiar lo razonable, resistirse al análisis. Otras, las más mayores, puede que lo vivan con el desapego (no se sabe si sabio o cínico) que puede dar el pasar por una experiencia de ese estilo. Lo único innegable es que a todos y a todas nos ha tocado vivir en una realidad en la que partimos de ese legado. Con ese material es con el que tenemos que reconstruir el proyecto revolucionario.

Nuestra situación es el resultado aparente de la victoria completa del proyecto histórico de la

burguesía. Controlan todo el mundo. No sólo con una fuerza militar sin igual en la historia de la humanidad, sino sobre todo por el dominio absoluto del modo de producción capitalista a nivel planetario. No es que no puedan surgir tensiones antagónicas extremas entre diferentes grupos capitalistas, todo lo contrario, simplemente a día de hoy no existe la confrontación política real de un proyecto alternativo. Los Estados autodenominados socialistas no existen o han sido reabsorbidos completamente en la lógica de la acumulación de capital. Hoy una crisis financiera en Shanghai es tan grave como una en Nueva York. Los Partidos Comunistas tradicionales, los de las 21 condiciones, hace tiempo que se disolvieron. O formalmente, quizás por conservar un mínimo de dignidad, o transformándose en partidos socialdemócratas que forzarían hasta al viejo Bernstein a escribir algún panfleto de protesta del estilo «Reacción o Reforma».

Y sin embargo alguien que decida dedicar sus esfuerzos a la transformación de este mundo parte con una gran ventaja. Tiene a sus espaldas un siglo de luchas que movilizaron a miles de millones de personas. Docenas de revoluciones realizadas en situaciones con tantas diferencias como similitudes. Un océano de experiencias que forjaron en la práctica el marxismo como aspecto teórico indivisible de esa actividad. ¿En qué sentido puede alguien que se embarque en la crítica de todo lo existente partir desde el comunismo?

La elaboración completa del concepto de marxismo no es algo que se pueda abordar en un único texto. No es ni siquiera algo que pueda abordar una única persona o un colectivo. El concepto de marxismo como producción histórica de la actividad revolucionaria (actividad, teoría y práctica, releamos

las Tesis sobre Feuerbach todas las veces que nos haga falta) siempre se peleará en esa contradicción entre ser a la vez proceso y punto de llegada que se aleja indefinidamente. Base firme y a la vez completamente dinámica. Método de análisis que a la vez debe analizarse a sí mismo. Sobre todo a sí mismo. Sólo podemos aportar aquí unos pocos elementos, pero quizás unos tan básicos y que se han comprobado de manera tan reiterada que puedan servir de punto de partida a la vez que son el punto de llegada de toda la actividad que nos precede.

Antes de nada debemos empezar por defender la vigencia de la crítica de la economía política marxista. Ya en vida de Marx la economía burguesa había decidido suicidarse como ciencia, haciendo que el propio Marx prestase más atención a ciertos autores que le habían precedido que a sus contemporáneos, siendo plenamente consciente de las razones políticas que había para ello. En un siglo las cosas no han mejorado. Más allá de esperpentos propios de una etapa de profunda decadencia como puedan serlo los «liberales» contemporáneos la realidad es que la síntesis neoclásica dominante es en esencia un golem positivista con los pies de barro. Fracasa miserablemente en la práctica al no ser capaz de prever o explicar cuestiones tan centrales como las crisis económicas. Fracasa miserablemente en la teoría cuando un número cada vez mayor de economistas ponen en cuestión sus más que cuestionables supuestos teóricos. El «homo economicus», sujeto inencontrable entre los seres humanos reales, se zarandea en un sistema que apenas se sostiene ante el peso de sus propias incoherencias. Cuando llegan las crisis, una y o otra vez, los economistas se ven obligados a declarar cosas como que habían sido capaces de prever todos los factores menos «el riesgo sistémico».

Marx quizás tenga una cosa o dos que decir sobre el riesgo sistémico. En efecto otro siglo más de desarrollo capitalista deja pocas dudas sobre ciertas cuestiones. La lógica del capital por sí misma y el desarrollo de las fuerzas productivas por sí mismas no eliminan las contradicciones internas del capitalismo. Todo lo contrario. Las crisis son cada vez más violentas y brutales. Incrementos en la productividad del doble, triple, diez veces, cien veces, no llevan a la erradicación del hambre, el trabajo, la miseria. Hacen falta guerras mundiales devastadoras que arrasaron medio planeta para que el capitalismo entre en fases de crecimiento sin grandes altibajos, e incluso entonces esas mismas ganancias estatosféricas de productividad hacen

que se vuelva a las crisis mundiales en apenas 15 o 20 años. Cualquier ganancia real en el nivel de vida de la gran mayoría sólo es producto de la lucha de clases; todas esas ganancias son susceptibles de evaporarse a no ser que se defiendan con uñas y dientes en los momentos críticos. Ésta es la marca de nuestro tiempo. No hace falta leer a Marx para saberlo, hay que salir a la calle. Pero Marx tenía razón, y no sus críticos: el modo de producción capitalista es rehén de sus contradicciones internas que no son superables por ninguna extensión o intensificación de sus fundamentos.

La segunda lección fundamental del siglo pasado es que el capitalismo no se desarrolla de manera uniforme en lo geográfico. En contra de algunas especulaciones tempranas de nuestros clásicos la realidad es que el modo de articulación histórico del modo de producción capitalista es profundamente asimétrico. El capitalismo más «avanzado» no tiene un papel «civilizador» en los países más «atrasados». Éstos no ven en sus colonizadores un reflejo de su futuro. Lo que comienza como un «desarrollo del subdesarrollo» en la época colonial, en la frase genial de Gunder Frank, se fosiliza en la época neocolonial como una relación de dependencia centro-periferia. Pero no de dependencia porque los países de la periferia dependan de los centros imperialistas, sino todo lo contrario. La imposición del capitalismo a nivel mundial y la forma de vida imperialista dependen literalmente de la extracción constante de plusvalor de miles de millones de proletarios y proletarias que casi 150 años después viven en condiciones trágicamente similares a las de la revolución industrial que Marx tanto estudió.

Esta verdadera escisión mundial genera una escisión en el socialismo. Genera una tendencia casipatológica, pero terriblemente racional, por el reformismo y la socialdemocracia en las metrópolis, pues es allí donde existe una posibilidad más real de un reparto generalizado de una fracción de las inmensas ganancias globales. Genera a su vez las condiciones que en el siglo XX han supuesto que todas y cada una de las revoluciones socialistas exitosas hayan ocurrido en países aplastados y atravesados por los intereses de las potencias imperialistas. Todas sin excepción. Como decía Marx nuestra ciencia no sabe de leyes rígidas, pero sí de tendencias, y aquí hay una inescapable. Se puede olvidar esta realidad abrumadora si se aspira a mantener el imperialismo como sistema. O se puede tener la desmemoria del que sin sentirse capaz de cambiar nada aspira a poder dormir por las noches. Pero para los y las marxistas la comprensión e

incorporación de esta realidad a nuestra práctica política sigue siendo a día de hoy «el problema fundamental del socialismo contemporáneo», como ya dijo Lenin en uno de sus textos más tristemente relevantes hoy en día.

La tercera y última lección fundamental es la de la centralidad de la organización propia del proletariado en un partido revolucionario, el Partido Comunista. Lo vimos en las guerras de liberación nacional, donde durante unas breves décadas el socialismo científico dio un golpe detrás de otro al imperialismo hasta llegar a reclamar gran parte del planeta para la causa revolucionaria. La burguesía jamás ha sentido tanto pánico como en esos tiempos, y no es casual que incluso hoy en día el nombre de comunista siga siendo un signo de enemigo de lo establecido. Pero también lo vimos en los centros imperiales, donde la única resistencia realmente consecuente y decidida contra el capitalismo (y los intentos revolucionarios que más lejos han llegado) han venido de la mano de la fusión consciente entre la unidad de acción y la democracia partidaria guiada por una teoría revolucionaria científica. Todos los intentos hasta el día de hoy de superar esta forma de hacer han acabado o en la impotencia espontaneista de la tiranía de la falta de estructura o en la reintegración fulminante en la política electoral y reformista que es propia de las democracias liberales. Un proletariado sin su Partido no pasa de ser alguien condenado a presenciar un juego en el que no puede participar pero del que sí puede sufrir sus consecuencias. Una especie de Monopoly maldito en el que no se puede aspirar a más que a pagar las multas de los demás jugadores. La primera tarea ineludible en una situación así será evidentemente reclamar representación propia, entrar en la historia como clase. La burguesía se representa con los partidos electorales que buscan reformar el sistema, o con el partido único fascista en las crisis más extremas. El proletariado se representa con el Partido Comunista que busca la superación revolucionaria de lo establecido. Juegan en el mismo tablero, pero no con las mismas fichas.

Decíamos al principio que es difícil ir más allá de unas pinceladas generales en un único texto. Aún así creemos que los tres pilares que hemos discutido, si se asumen honestamente, suponen un punto de partida sólido. Queda todavía lo que siempre ha sido el corazón de la práctica marxista, que es el análisis concreto de la situación que nos ha tocado vivir. Aquí de nuevo apelamos al carácter colectivo de la tarea, y no podemos más que proponer tres líneas de fuga entrelazadas que marquen nuestros pasos iniciales.



Lo primero es defender la indisolubilidad de la actividad revolucionaria como centro de nuestra tarea. Es fácil decir que no se cae en el seguidismo espontaneista de los acontecimientos (práctica sin teoría), ni en el repliegue de una teoría que sólo resuelve problemas teóricos creyendo transformar la realidad (la teoría sin práctica). Que éstas son vías muertas lo demuestra su falta absoluta de resultados positivos a nivel histórico. Es más complicado encontrar la manera de avanzar en la práctica revolucionaria en el corazón de un país imperialista, y la historia sobre la que antes hemos pasado de puntillas lo demuestra. Sin embargo aquí otra vez contamos con un siglo de perspectiva, que al menos nos debería llevar al siguiente posicionamiento: todo proceso revolucionario exitoso se basa en la creación de unas estructuras de poder alternativo que a la vez que confrontan abiertamente a las estructuras dominantes permiten por su naturaleza su propia reproducibilidad y generalización, llevando a un incremento constante del nivel de antagonismo. Los soviets en la Revolución de Octubre, las bases rojas en la Revolución China, incluso las experiencias menos contundentes en los barrios o zonas liberadas en Oakland, Nápoles o el cinturón rojo Naxalita en la India son pruebas de ello. Es necesario desarrollar la creación de estos gérmenes de lo nuevo dentro de lo viejo en el aquí y ahora. No como un escapismo de huerto ecológico perfectamente articulado con la sociedad burguesa, sino como verdaderas puntas de lanza de un proyecto revolucionario. Deben organizar a las capas más oprimidas en nuestras ciudades y pueblos, a aquellas que ya han perdido mucho y cuyos problemas no pueden ser resueltos por el sistema. A los que van a ser dejados de lado, a las migrantes, a la juventud sin ninguna expectativa que ya sabe que va a vivir mucho peor que sus padres, al proletariado que no para de aumentar encadenando trabajos de miseria y precariedad (¡es proletariado, no «precariado»!), y a todas aquellas que decidan unir su destino a esta causa.

Sin embargo partimos de una situación de completo deshaucio en lo teórico. El marxismo lleva enterrado en vida mucho tiempo, y la disolución completa de las organizaciones revolucionarias ha conseguido que una generación completa de comunistas llegue a esta lucha sin poder recibir el testigo de sus mayores. Algunos han resistido la travesía en el desierto, y su contribución es impagable, pero en muchos sentidos debemos comenzar otra vez desde el principio y absorber todo nuestro pasado sin poder apelar a ninguna institución ya establecida. Sin la teoría revolucionaria no puede haber práctica revolucionaria, y donde otros citan cuatro párrafos del peor libro de Lenin para justificar su mediocridad otros y otras debemos tomarnos el marxismo diez veces más en serio para poder romper este impasse. Hace falta una formación estructurada, metódica y ambiciosa. Que aspire a confrontar al marxismo académico en su torre de marfil pagada con los presupuestos del Estado, pero que también confronte el lamentable desprecio que comunistas honestos dirigen a su propia historia. Ya basta de usos maniqueos y simplones, de sustituir la razón por la cita, de la dialéctica como receta muerta o como escondite de nuestra incapacidad. Tenemos que recuperar el espíritu que una vez creyó ver en su actividad el rescate de todo lo que había de luminoso en 25 siglos de pensamiento que no son más que la cristalización de 25 siglos de actividad humana. Es nuestra historia mucho más que la suya, por mucho que hagan todo lo posible para que no la aprendamos. Algunos cuadros del Partido Comunista de la Unión Soviética leían a Hegel en las trincheras del frente oriental mientras se preparaban para barrer al fascismo de la faz de la tierra, y es a esa síntesis de la teoría y la práctica más elevadas y audaces, a esa actividad, a la que tenemos que aspirar.

Ya por último, es fundamental poner todo de nuestra parte por la unidad comunista y la reconstrucción de nuestro Partido. Somos conscientes de que a día de hoy es poca la gente a lo que nos dirigimos. Poca la gente que leerá este texto, o la que pueda compartir todos o la mayoría de sus principios. Y sin embargo si damos por buenas las bases del marxismo que hemos perfilado es ésa la gente con la que debemos hacer organización revolucionaria y no el resto, al menos no por ahora. Debemos encontrarnos en la actividad revolucionaria, y luchar ahí políticamente para acercar nuestras posturas. Un paso en ese terreno vale más que mil horas de debate abstracto, ya que un debate cuyo resultado no fuerce a sus partes a tomar posicionamientos políticos normalmente no pasará de ser una disquisición

escolástica. Es fundamental la claridad teórica, la precisión en lo político, pero tampoco podemos olvidar que una parte importante de nuestra separación sólo obedece a lo coyuntural. La inevitable separación geográfica de un movimiento todavía pequeño. El peso enorme de lo personal, las dinámicas sociales. Hay que luchar contra esos lastres y tender lazos con el resto de comunistas que avancen en nuestra dirección. Crear espacios para el encuentro entre comunistas, o participar donde ya los haya. Crear ese germen de lo nuevo donde luchemos contra todo lo viejo (la opresión de clase, de género, de raza, etc.) y en esa lucha nos encontremos y literalmente nos reconstruyamos. Los comunistas que no militen deben militar. No en la organización ideal que se amolde a todos sus deseos, sino en la organización real en la que puedan avanzar políticamente. Las comunistas que ya militen deben comprender que sus siglas son un vehículo, y que deben aspirar a que queden obsoletas lo antes posible. No existe ninguna organización en el Estado que sea ya el referente comunista de nuestra clase, y por lo tanto es inevitable que todas las existentes vayan a ser sólo momentos a superar en la creación de nuestro Partido.

Vivimos una situación urgente. Unos se dedican a reanimar al cadáver de la socialdemocracia en un mundo que no puede aceptarlo, como un monstruo de Frankenstein. Otros rearticulan el proyecto chovinista y racista que es siempre la oruga de la mariposa fascista. Los signos son evidentes. Ya hemos vivido esta dialéctica una vez. Sabemos a dónde lleva. Necesitamos poder participar en ese proceso político, y ahora no podemos hacerlo plenamente. Un análisis y un plan como éste, en la medida en la que puedan apuntar a algo cierto, no son más que el primer paso. Quizás preferiríamos no ser conscientes de nuestra responsabilidad, quizás seamos comunistas a nuestro pesar, pero es lo que somos.

¡Pongámonos en marcha!

LÍNEA ROJA
INICIATIVA COMUNISTA